

I

Llegábamos tarde, si Flanders no aceleraba íbamos a llegar tarde. La ruta estaba casi sin autos. No llovía, ni había niebla ni ninguna ley de la física que nos obligara a ir a 30 millas por hora, algo así como 50 kilómetros de los nuestros. La culpa era mía por no haber acompañado a Pablo a la biblioteca desde donde sólo hacía falta cruzar para llegar al campo de deportes de la escuela de Springfield.

–Llegamos tarde –le dije.

–Es cierto –me contestó con una sonrisa.

–¿Y si acelerás un poco? –propuse.

Movió la cabeza negativamente. Flanders pensaría que me tenía que explicar todo. Pero no fue él quien habló sino unas vocecitas desde el asiento de atrás:

–30 millas es el límite de velocidad máxima en zonas urbanas –dijo uno de los mellizos.

–Hay que respetar las leyes. Es importante que lo aprendas –agregó el otro enano.

Bufé mirando por la ventanilla. Antes de que iniciaran una clase de educación cívica, subí el volumen de la radio: un cantante de música country repetía una melodía trillada. Íbamos a llegar con el partido empezado y yo quería ver a Ezequiel salir con su equipo de básquet.

Seguro que Pablo ya estaba allá. Se encontraba con Lou en la biblioteca donde se quedarían hasta unos minutos antes del partido. Entre los libros que se pasaba leyendo en la biblioteca y Lou, Pablo iba a terminar idiota.

Lou era descendiente de indios chippewas y navajos, y usaba unas trenzas como las indias de los dibujos animados. Se parecía a la indiecita de Peter Pan.

–Además –dijo Flanders sin disminuir ni aumentar las 30 millas por hora–, ¿cuál es el problema de llegar con el partido empezado?

Estos tipos no aprenden nunca. Si por ellos fuera jugarían nada más que el último cuarto del básquet, el último tiro de béisbol, el último avance del fútbol americano, los últimos cinco minutos del fútbol. El resto no les interesa y se nota: charlan con los compañeros de grada, se van a comprar hamburguesas y bebidas, hablan por teléfono. No saben que los partidos hay que jugarlos desde el primer minuto y hay que alentar. Alentar y no sólo mirar. No entienden nada. Ya me lo había dicho mi tío Roberto.

Flanders no se llamaba Flanders sino Trevor.

Pero Trevor era un clon, una copia idéntica de Flanders, el vecino de los Simpson: el mismo bigote, la misma ropa, el mismo tono, la misma esposa y los mismos hijos. Pablo, Ezequiel y yo estábamos viviendo en su casa de Springfield desde hacía cinco semanas.

–Tratándose de Springfield, pudo haber sido peor –decía Ezequiel cuando yo me quejaba.

–Nos podría haber tocado la casa de las hermanas de Marge –agregaba Pablo.

Yo seguía protestando, pero exageraba. Porque si algo no nos había faltado desde que habíamos llegado a Estados Unidos era diversión.

II

Cuando sea un viejo de treinta o cuarenta años me voy a acordar de este viaje y no lo voy a poder creer. Qué hacían tres tipos de quince años provenientes de Lanús, provincia de Buenos Aires, en el Medio Oeste norteamericano, yendo a una escuela de Illinois y hablando en inglés como si fuera su lengua materna (bah, una lengua tartamuda, mal pronunciada, pobre en vocabulario pero rica en gestos para hacer señales como «pásame el ketchup» o «dónde está el baño de varones»), cómo llegamos acá es pura responsabilidad de mi tío Roberto.

A mí tío le encantan los negocios. Es su habilidad y su perdición. Siempre está en búsqueda de la novedad: puede importar faldas escocesas para

hombres, exportar yerba mate a una cadena de comidas naturista de Holanda, o poner una verdulería a una cuadra de una villa miseria.

Durante unos meses, yo le atendí una verdulería en Villa Fiorito: ahí conocí a mi Blancanieves villera, a Patricia, mi novia; con mis amigos Ezequiel, Pablo y Pinocho rescatamos la primera pelota con la que había jugado Maradona de chiquito (que unos policías delincuentes le habían robado al papá de Patricia) y yo me pesqué –por pasar la Nochebuena bajo la lluvia– una gripe infernal que me tuvo en cama una semana.

Al poco tiempo, mi tío vendió la verdulería al papá de Patricia porque había descubierto un nuevo gran negocio. Fue así como, junto a su fiel ayudante Pinocho, se dedicó a una nueva actividad: el turismo temático.

Mi tío comenzó a organizar viajes turísticos desde Estados Unidos a Buenos Aires. No eran viajes comunes para conocer la Plaza de Mayo, la Reserva Ecológica de la Costanera Sur o el Teatro Colón. Mi tío la vio clara un día que yo estaba mirando un partido de la NBA entre San Antonio Spurs y Los Ángeles Lakers. Se suponía que era un partido importante y en las tribunas los fanáticos de los Spurs se limitaban a mover unos absurdos palotes de goma cada vez que los Lakers tiraban al aro. Cuando gritaban para alentar decían siempre lo mismo: «¡Defensa, defensa!». Y los carteles: lo más lamentable eran los carteles. Para alentar a los Spurs decían: «San Antonio adelante»; para atacar a los Lakers: «Prepárense

para perder». Una tristeza. Nada de «Duncan, Duncan, Duncan, huevo, huevo, huevo», nada de «Aserrín, Aserrán, de San Antonio no se van» para amedrentar a los monstruos de Los Ángeles.

—A estos tipos —dijo mi tío señalando con su dedo admonitorio— los traigo una semana acá, los llevo a la cancha de Chicago y vamos a ver qué cantan en los próximos *play off*.

A los diez días había alquilado una oficina en Puerto Madero, contratado a una secretaria bilingüe que se hacía llamar Sharon, y con la «asesoría técnica» —esos eran sus términos— de Pinocho, comenzó a traer turistas a la Argentina. Cómo promocionaba en Estados Unidos, cómo conseguía clientes es algo que se me escapa. Mi tío siempre tenía esos misterios que lo llevaban al éxito o al fracaso. Y esta vez parecía que el triunfo estaba de su lado.

Traía atildados seguidores de los Bulls, de los Blazers, de los Knicks. Los llevaba durante una semana a distintas «clínicas» que daban «especialistas» provenientes de las mejores universidades del fútbol: Nueva Chicago, Chacarita, Huracán, Tigre, All Boys. En diez días, un vendedor de autos de Filadelfia o un cocinero de Minnesota volvía a su ciudad con la suficiente práctica como para pararse frente a una patota de hooligans ingleses, si fuera necesario.

En una oportunidad mi tío me preguntó si mis amigos y yo no nos queríamos ganar unos pesos extras. Quería que le adaptáramos al inglés las canciones de las hinchadas. Un servicio más al tu-

rista. Así que con Ezequiel, y sobre todo con Pablo que es medio poeta, nos pusimos a traducir todos los clásicos tribuneros: «Cómo no voy a ser, cómo no voy a ser, hincha del Phoenix, vago y atorrate», o «Los del Texas son lo más amargo de USA, cuando no salen campeones esa tribuna está vacía», o «Mirá, mirá, mirá, sacale una foto, se van de Miami...». Ésa era la parte más divertida: cuando debíamos traducir las palabras soeces.

Para qué voy a mentir: ninguno de los tres era muy bueno traduciendo. Salvo las palabrotas, casi todo el resto teníamos que buscarlo en el diccionario.

Una tarde mi tío nos convocó a su oficina. Hacía allí fuimos con Pablo y Ezequiel. Parecía la sede de una empresa multinacional, toda alfombrada y con sillones que daban ganas de sentarse ahí mismo. Conocimos a Sharon, una rubia platinada que debía de saber tanto inglés como nosotros y que era la persona encargada de dar la bienvenida a los que llegaban a la oficina. Pinocho estaba irreconocible en saco y corbata. Nos mostró su despacho y su computadora en la que tenía abierto el solitario. En el escritorio tenía un retrato con una foto de su mamá y en otro estaba su amiga Mariela con su hijita. Sonreían, como Pinocho en ese momento esperando un comentario nuestro. En la pared tenía enmarcado un escudo del Huracán y la camiseta con el número 20 del San Antonio Spurs. Los tres hicimos «guauuuuu» cuando la vimos.

–¿Es auténtica? –preguntó Ezequiel.

–Ajá. Me la dio Manu Ginóbili hace un mes. Los fui a ver contra los Knicks –dijo, y se repantigó en su sillón de ejecutivo.

En eso sonó el teléfono.

–Así es, *boss*, tengo a los tres chiflados en mi oficina. Ya te los mando. Pequeños –dijo dirigiéndose a nosotros–, me quedaría horas hablando con ustedes pero tengo muchas cuestiones que resolver.

–Ya veo –le dije señalándole el solitario en la computadora–. Eso en mi barrio no se llama trabajo.

–Se llama solitario –agregó Pablo.

–Salgan de aquí o los hago echar por seguridad.

Pasamos por delante de Sharon, que nos sonrió, y fuimos al despacho de mi tío. Estaba de pie dándonos la espalda y mirando hacia los canales del río. Una vista realmente hermosa desde ese ventanal. Se dio vuelta. Tenía el rostro adusto. Nos hizo un gesto para que nos sentáramos. Como había una sola silla, me senté yo y Pablo y Ezequiel se quedaron de pie a mis costados. Me sentí un gángster que venía a negociar con un pez gordo.

–Hubo quejas –dijo.

Miré interrogante a Pablo y Ezequiel. Tenían cara de nada.

–¿Quejas? –pregunté sin entender.

–Al cliente hay que darle lo mejor: los mejores hoteles, las mejores combis para trasladarlos, llevarlos a las mejores parrillas para que coman nuestro riquísimo asado, darles todos los gustos, siempre en alta calidad. Excelencia, ¿entienden?